

Sumergid en profundo abatimiento;
Dichosos artificios cuando falta
Ya que decir, y lánguido fallece,
Después de cuatro versos, un gran genio.
A aquel, pues, cuya voz se levantara
Entre el clamor de los rivales sola,
Estos tres pitos servirán de premio;
Y si alguno consiguiese felizmente
Por un esfuerzo heroico más sonoro
Rebuznar que un jumento, le destino
Un tambor y palillos adyacentes.»

Dijo; y al punto de diversos sonos
Se llena el aire: cuál con mil visajes
Grita, y cuál farfullando tartamudo.
El terreno igualmente se disputan
Valderrábano (1) el grande y Benegasi,
Y opuesta á ambos la Safo gaditana (2),
Levanta el tono con igual suceso.

«Basta (exclamó la Diosa); cada uno
Un pito logrará; el ansiado premio
A méritos iguales igual sea.
Y dando digno fin al juego ilustre,
Alzad la voz, amados vocingleros,
Y resenen las bóvedas celestes.»

Cual la jumenta triste, á quien separa
De su querida prole, dura puerta
De un avaro, cerrada con dos trancas,
Lamenta en doloroso rebuznido,
Así tus traquiarterias produjeron
Gritos enormes, que el pulmon robusto
De un profundo escolástico no diera;
Tu fuerte voz, Zavala, allí se oía,
Y la tuya, oh Fermín; mas sobre todas
Se eleva al cielo la del gran Comella (3).
Los montes gimen al terrible estruendo,
Y los asnos del Tajo, sus orejas
Timidos extendiendo, el pasto olvidan.
Conforme, pues, por vencedor declara
La aclamacion comun al que ha sabido
Tan alto rebuznar, tan largo tiempo.
Del copero después abandonando
La amada habitacion, al sitio pasan
Por donde el orgulloso Tagarete,
De los arroyos rey, lleva el tributo
De su basura al Bétis argentado.

«Aquí, pues, zambullid, amados hijos,
Clama la Diosa, y contendid cuál sea
Más hábil en romper el blando fango.
Quien más lama sacare, y la onda pura
Del Bétis enturbiare á más distancia,
En fina pasta logrará por premio
De Fontenelle (4) los *Mundos* traducidos.
También destino á quien mejor zabulla
Un cangrejo de plomo; á los restantes
De carbon una libra á cada uno.»

Dijo; y Butron (5), llegándose á la orilla
Con intrépida faz, ligeramente
En lo alto de una barca se encarama
Que allí estaba, y se lanza de cabeza
Al negro horrible abismo; admiran todos
La habilidad de quien tan alto sube
Para dar más profunda zambullida.

(1) El autor de la *Angelomaquia*, poema que probablemente hubiera yacido, con el nombre de su autor, en eterno olvido, si el *Apologista universal* no lo hubiera hecho célebre con su crítica. *Asinus astinum fricat.* (Nota del Autor.)

(2) Esta es doña Teresa de Guerra, de quien tenemos una apreciable colección de piezas sueltas, como glosas y décimas, entre las que lo más digno de observacion es una censura de un sermón en pareados, que empieza así:

Biforme ventilabro de un sermón,
Que anda muy hueco, porque es de papelón.
..... (Id.)

(3) Nombres de los poetas cómicos, que por tantos años han sido el encanto y la admiracion de los teatros de Madrid, don Gaspar de Zavala y Zamora, don Manuel Fermín de Laviano, don Luciano Francisco Comella. (Id.)

(4) Si el mérito de una traduccion consiste en conservar cuanto sea posible el original, ninguna mejor que ésta, que nos lo ha dejado en frances. Es verdad que tal vez toma alguna libertad el traductor, y traduce, por ejemplo, *equinoccio de Marte*, por *equinoccio de Marzo*. (Id.)

(5) Autor del poema de *Santa Teresa*, de estilo rimbombante. (Id.)

Trigueros va después; se agita en torno,
Por donde pasa, la onda cenagosa;
Mas en breve se cierra; todos claman
Suspirando: *Trigueros* se ha perdido.
El autor del *Eustaquio* (6) tardamente
Su cuerpo arrastra en la profunda lama,
Siempre temiendo el elevarse un punto.
Si la perseverancia consiguiera
El premio destinado, ni aun osara
Valderrábano el grande á competirle.
En torno de él, sin el menor ruido,
Tranquila el agua como en hondo lago,
Forma un charco cubierto de verdina.
Zabulló luego de mendigos torpes
Tropa ignorada; cada cual llevaba
A cuestras un hermano macilento;
Producciones efimeras del hambre,
Que habiéndose un momento sostenido,
Se precipitan al verdoso fondo,
Do sumergidos para siempre yacen.
Un lado, como piedra enmudecido,
Su gran padre Mañer (7) está sentado,
Como en la muerte de sus hijos Niobe,
Y en un canto de bronce estas palabras,
Para padron eterno, se leian:
Pasajero, éstos son..... ¡ah! no, éstos fueron
Censor, Apologista y compañía;
Pero ¡á qué cosa compararse puede
El heroico furor con que á las aguas,
Aun acabado de llegar, se arroja
El gran cantor de las taurinas fiestas? (8).

Su brazo, cuyo esfuerzo favorecen
Las leyes de la inercia, un remolino
Rápido forma. Nunca hubo cangrejo
Que más habilidad mostrara, sea
Para andar hácia atras, ó bien, astuto,
Para calarse al fondo de la lama.
En fin, á parecer vuelve cubierto
De verdina y de gloria, y la propuesta
Traduccion y el cangrejo pide á voces.

En tanto suena un horrído estallido,
Y abriéndose las alas, se levanta
De enmedio de ellas un tremendo bulto,
Que aunque de ovas cubierto, cierto aire
Tenia de grandeza; y cuando hablaba,
A los simples mortales excedia.
Este *Triguero* era, que inauditas
Cosas y maravillas no esperadas
Contó á todos del hondo *Tagarete*,
Como después de haberse sumergido
Las dulces ninfas del lugar sabroso,
Del rostro encantador se enamoraron.

(6) El poema del *Eustaquio*, del padre Montiel, es un modelo de insulsez, de majaderia, de perversa versificación y de cuantos monstruos puede producir una imaginacion plúmbea. Causa indignacion ver que á fines del siglo xviii se imprimiesen en España tales poemas; pero de algun consuelo sirve verlos también olvidados al mes de su publicacion. (Nota del Autor.)

(7) Mañer parece que fué el primero que publicó en España papeles periódicos. (Id.)

(8) La *Tauromaquia sevillana*, compuesta en versos lanzados, y traducida en un romanzon, parte castellano, parte gringo; en que se llama *vicorne* y *Timonte* al Parnaso, y se dice *ultroncamente* y otras palabras vascongadas, que no incluyó Larramendi en su *Diccionario*, es un poemita en que se canta el restablecimiento de las fiestas de toros en Sevilla. Jamás ha habido poeta, incluso el mismo Homero, que haya observado tan bien como su autor el precepto de Horacio,

Sumite materiam vestris, qui scribitis, aquam
Viribus; etc.

porque ni el genio tutelar de los cornudos hubiera desempeñado tan dignamente tan digno argumento. Sobre todo los sevillanos deben estar agradecidos eternamente al cantor de las cornadas, por haber descubierto que Sevilla, no ya debe ser estimada por su suelo, por su clima, por el talento, docilidad y heroismo de sus hijos; sino que es el ejemplo, la norma, la pauta, el prototipo, la turquesa donde deben vaciarse los mejores pueblos del mundo. Y ¿montas por qué? Cargad aquí, oyentes míos, la consideracion: porque es la más abundante en toros bravos.

Bomba, que van los versos:

Sevilla, fundacion de Hércules Cedro,
Es ejemplo de todas las mejores
Ciudades, porque es más abundante
De toros bravos y caballos nobles. (Id.)

Y le puso la barba contra el pecho.
Los que estaban más cerca, dominados
Del mágico poder de las palabras,
Se duermen los primeros; y desde ellos
El venenoso sueño su contagio
Hasta los más lejanos pronto extiende.
Así, pues, los lectores se tendieron
Sobre sus libros, do los ojos cierran,
Aun algo entre los dientes farfullando.
Cual la piedra á las aguas arrojada
De algun tranquilo lago, con su impulso
Forma pequeño círculo, á quien siguen
Con orden sucesivo otros mayores,
Así la mutacion de quien el centro
Era el sitio do estaban los leyentes,
Se extiende más y más á la redonda
Sobre un mar de cabezas, que se inclinan,
Ya á una parte, ya á otra, suavemente,
Segun es más ó ménos la eficacia
Del verso ó de lapr osa encantadora.
Comella aun quiere hablar, pero al fin falta
Su voz (3); el que escribió las anécdotas
Do nunca se oye hablar naturaleza,
No pudo acabar una que empezaba
A contar en su tono lastimero.
Gutierrez deja la infeliz Clarisa,
Y Zavala el teatro, el *Censor* calla,
En fin calla Rosely y duerme y ronca.
Así el tranquilo sueño los trabajos
Terminó de este grande y fausto dia.

CANTO TERCERO.

Argumento.

Rosely baja en sueños á las orillas del Leteo, donde *Lozano* le manifiesta los triunfos antiguos de la Estupidez y los que ha conseguido en los últimos dias. Le predice al mismo tiempo estar ya próximo el momento en que se ha de restablecer el imperio del Cáo.

El glorioso Monarca su cabeza
Descansa en el regazo de la Diosa,
Que al sitio más oculto y retirado
De su sagrado templo le conduce.
Allí de mil vapores tenebrosos
Y de profunda noche le rodea
Osuro velo, denso, impenetrable,
Que jamás la razon traspasar pudo.
Aquí, pues, oye oráculos y habla
Con los dioses; de aquí su origen tienen
Las visiones políticas, los sueños
Y agradables delicias de los locos,
Los amores platónicos, la piedra
Filosofal y el general deseo
De adquirir duradera eterna fama.
Sobre las alas rápidas llevado
De su imaginacion, el Rey descende
Al pavoroso imperio de las sombras.
Una sibila que jamás su rostro
Bañó sino en la fuente de Beócia,
Aunque del indio Méjico habitante (4),
De furor erizados los cabellos,
Y de ramplon zapato el pié ceñido,
Al monarca conduce, que entre tanto
Va buscando del sol la paralaje (5).

El gran *Villamediana*, que otro tiempo
Fué dulce cisne, y ya callando gime,
Sirviendo de Caron, presta su barca.
En la oscura ribera por do corre

algunas de las églogas con que plugo á su autor amenizarlo. Esto se llama tocar el pito en medio de la epopeya. (Nota del Autor.)

(3) Anécdotas tituladas la *Voz de la Naturaleza*, en seis cuadernitos, para cuya impresion se agotaron, seguramente, cuantas interrogaciones y admiraciones habia en todas las imprentas de España. (Id.)

(4) Todos saben que hablo de la célebre monja de Méjico *Sor Juana Ines de la Cruz*. (Id.)

(5) Son muchas y muy graciosas las lindezas que el benditísimo, sapientísimo y humildísimo Rosely se deja decir acerca de este importante punto de la Astronomia. (Id.)

Y la jóven Lutecia, muy más dulce
Que arroje, la morena cueradamente
Y la bella Nigrina lo conducen
A un amarillo tálamo, do gratas
Más caricias le hicieron amorosas
Que otras veces las Náyadas á Hilas.
Como estas diosas el lugar le muestran
Do el Estige por uno de sus brazos
Sus aguas con el Bétis comunica,
Así por bajo el mar plácido Alfeo
Hondo camino ha abierto, y á Trinacria
Sale á mezclarse con esquivia ninfa.
Este brazo lo forma la corpiente
Del Léthes, y vapores levantando
Del tenebroso reino de los sueños;
Así ciertos efectos explicarse
Pueden del Bétis, cuyas puras ondas
En unos sueños infunden, y á otros suelen
Causar visiones, tragos y fantasmas.

La confusa caterva deja entónces
La orilla del arroyo, y se encamina,
Pasando el matadero y el osario,
Al monton alto; allí se detuvieron
En lo elevado de la cumbre amada,
Y allí se proclamó con pompa augusta
Ejercicio más fácil que termine
Gloriosamente tan solemnes juegos.
La Estupidez á la caterva dijo:

«Oh críticos! vosotros, mis alumnos,
Cuyas cabezas, cual balanzas fieles,
Determinan exactas cuanto lleva
En pesadez un escritor á otro;
Vosotros, que medís quién contribuye
Más felizmente á trastornar el alma,
Trigueros ó el *Censor*, en verso ó prosa,
Atended á la prueba que os propongo:
Aquel que sin dormirse leer escuche
Desde el principio al fin una obra de éstas,
Y venciendo con pecho valeroso
Del sueño los encantos soberanos,
Oidos de Ulises y ojos de Argos tenga,
Será nombrado juez de los escritos
Pretéritos, presentes y futuros.
Este es el privilegio sempiterno
Que á tan dura cabeza le destino.»

Tres sofistas y tres procuradores
Al punto se presentan, que dotados
De igual talento y con el mismo gusto,
Con igual sutileza se preparan,
Del furor poseidos que los ergos,
Y los pleitos inspiran, á dar voces,
Hacer preguntas y buscar respuestas.
Dos lectores llegaron, cada uno
Escortado de cuatro palanquines,
Que los pesados libros conducian;
A palanca se trajo el *Florilegio*
Con gran dificultad; para el *Eustaquio*
Fué preciso maroma y cabrestante.
El poderoso chis fué repetido
Mas de una vez, é impuesto, en fin, silencio
A la tropa, que un círculo formaba
En derredor de los lectores, éstos
En voz pausada su lectura empiezan.
Con torpe lentitud llegan cansados
Al fin de una carilla, y extendiendo
Su cuerpo en cada línea que pronuncian,
Adormidos, bostezan y prosiguen.
Como los altos pinos, cuyas copas,
Inclinándose, ceden á la furia
Del Austro, si el airado soplo calla,
A erguirse vuelven con umbrosa pompa;
Así de los oyentes las cervices
Se levantan é inclinan, segun cesa
O vuelve á proseguirse la lectura.
Harnero el fuerte, Harnero por tres veces (1)
Empezó á hablar, y tras el omnílocuo
Alipio (2) sus esfuerzos acobarda,

(1) El *Corresponsal del Censor*, hombre que poseía el talento de repetir con la más acendrada insulsez cuanto ya estaba dicho bellisimamente por nuestros buenos prosistas y poetas. (Nota del Autor.)

(2) Uno de los héroes del poema del *Eustaquio*, ó interventor de

El denegrido Léthes está Bavió,
Ocupado en bañar las tristes almas
De los autores cuando al mundo vienen,
Y aniquilando en ellas la potencia
De juzgar y sentir el fatal baño,
Estúpidas las hace á toda prueba.
De aquí su vuelo rápido dirigen,
Después de zambullir á las imprentas,
Y nuevos cuerpos piden, los que logran,
O bien en pergamino, ó bien en pasta.
Sus enjambres exceden á las luces
Que el firmamento adornan, y á las tropas
De abejas que al entrar la primavera
Liban las flores con susurro blando.
Mientras el Rey con admirado rostro
El fenómeno observa, se presenta
A sus ojos un sabio no difícil
De conocer; sus extendidos hombros
Y sus largas orejas bien mostraban
Ser *Lozano* (1), que en voz siempre ceñida
A metro y asonancia así le dice:
«Oh tú, mortal dichoso, que has nacido
Para mirar lo que ninguno pudo
Ver sino en sueño, admira los portentos
De la negra corriente del olvido.
Aun antes de nacer, estas sagradas
Riberas recorriste; el viejo Bavió
En ellas te bañó cien y cien veces.
Pero ¡cómo el mortal, siempre ignorante
De su suerte anterior y venidera,
Puede saber su estado primitivo?
¿Quién sabe á cuántos cuerpos de borricos,
Por la circulación no interrumpida,
Tu ánima pasará, y en cuántos burros
La albarda sufrirá de un dueño impío?
La estupidez antigua y la moderna
En tí se reunirá, y al universo
Se verá por su medio propagada.
Y para que lo veas, nuestra reina
Ofrecerá á tus ojos ahora mismo
La vision lisonjera de sus triunfos.
Tu admirarás magníficas escenas,
Mas ya pasadas; la eminente gloria,
Que hora el reinado de su madre ilustra,
Contemplarás; y el esplendor brillante
De los pasados y futuros días,
Velozmente á tu vista reluciendo,
Inflamará tu pecho generoso.
Sube sobre este monte, cuya cumbre
Llega á tocar las nubes, dominando
Los lugares sujetos al imperio
De nuestra grande y soberana Diosa.
Mira su negro pabellón tendido
Del uno al otro polo, con su sombra
Cubriendo las naciones de la tierra.
Vuelve tu vista al brillante Oriente,
Do nace el sol y á do tuvieron cuna
Las ciencias todas, ilustrando el orbe.
Un monarca á los dioses semejante,
Aquel monarca que extendido muro
Del fiero Scita opuso á las catervas,
En un momento deslustró su pompa.
¡Dioses, qué hoguera al cielo se levanta!
En un punto la llama destructora
De muchos siglos los portentosos sabios
Devora, y al airado viento entrega.
Vuelve al Austro los ojos, y otro incendio
Igualmente glorioso se descubre,
Que del alma la dulce medicina (2)
Envuelve abrasador en humo y fuego.
Observa cuán pequeño es el espacio
Del globo que la luz amortiguada
De las ciencias ilustra. Aun no apénas
Empiezan á brillar, y densa nube
De vándalos sus rayos oscurece.
Donde se agita en raudos remolinos
La laguna Meótis, donde corre

(1) Escritor de mal gusto del tiempo de Felipe IV, bien conocido por su célebre *David perseguido*. (Nota del Autor.)

(2) Ptolomeo llamaba así la célebre Biblioteca de Alejandría. (Nota del Colector.)

El Tánais nebuloso, lentamente
Trasapando montañas de alta nieve,
El Norte, de los godos madriguera,
De los hunnos y alanos por millares
Vomita sus feroces campeones.
Contempla el fiero rostro de Alarico,
De Genserico la sangrienta mano,
Y tiembla al nombre del blasfemo Atila.
El ostrogodo audaz destruye el Lacio,
Y el fiero visigodo á sus furiosos
Hace gemir las Gálias y la Italia.
Ves el pueblo feliz, miras los campos
Plácidos que primero favorece
La blanda luz de la temprana Aurora.
El árabe profeta allí reúne
Las tribus victoriosas, y en el solio
Coloca la ignorancia consagrada.
Los pueblos de Occidente ciencias y artes
Proscriben, y en grosero y torpe sueño
Observan un estúpido reposo.
Roma, la sábia y valerosa Roma,
Soberana otro tiempo de las artes,
Las arroja de sí con mano impía.
Padua suspira, viendo ya entregado
Su amado lirio á las voraces llamas.
Yace arruinado el circo, caen los templos,
Las calles llenas de héroes, lleno el Tíber
De dioses que embarazan su corriente.
Los milagros de Fídias y de Apéles
Sacro fuego destruye, ó sacra mano.
¡No ves esa península á lo léjos,
Que allí parece? En su recinto hermoso
Hoy quiere de su imperio nuestra madre
Fijar la régia silla; ya, hijo mío,
Ya se acerca el momento deseado.
En esta tierra suya muy amada
Bajo sus alas reunirá gozosa,
Como paloma sus ingratos hijos,
Que osaron desertar de sus banderas.
Considera las incultas hazañas
Que el destino prepara á tu reinado;
Mira cuántos soldados, y cuán fuertes,
A defender se juntan tu diadema.
Cuenta, cuenta sus hijos, conforme ellos
Salgan á ver la clara luz del día.
Cual la madre Cibéles, que en las altas
Moradas del Olimpo ve gozosa
Cien hijos suyos sacrosantos dioses,
Así la grande Estupidez, guiando
Al montón alto su caterva amada,
Y con los tiernos ojos recorriendo
Su Parnaso, millares de sus hijos
Estúpidos verá sin tacha alguna.
Mira en aquel que ufano se presenta
Con un negro murciélago en la mano (3),
Su imitador Horacio. También tiene
Sus Horacios la estúpida Castalia.
¡No ves ese que sigue? Pues diez cartas (4)
En breve tiempo ha escrito, defendiendo
En ellas los derechos soberanos
De nuestra diosa. Si prospera el cielo
Los esfuerzos heroicos de su pluma,
No quedará español que no rebuzne.
Mira con atención respetuosa
El rayo ardiente de las sacras ciencias,
Defensor de tu amado *Peripato*;
Allí el *Quijote* está quejoso y triste
¡Miserio! de un remiendo mal cosido.
Y tú, infeliz *Rodrigo*, en verso heroico,

(3) Es bien conocida la oda al Murciélago, imitación de Horacio, *Ille nefas*, etc.; queriendo elegir el autor un objeto horroroso, eligió al murciélago. (Nota del Colector.)

(4) Diez cartas de un español residente en París á su hermano residente en Madrid, sobre la *Oración apologética por la España* de Ferner. Es este precioso librito el más abundante de bellezas de cuanto se acotan en todo el poema. Entre otras muchas verdades nuevas que halló su autor, se le debe el saber que la obra de Melchior Cano no sirve sino para los Tomistas y Escotistas, y que no es de mérito alguno para la Europa. Débesele también el sublime pensamiento de negar que la religión cristiana es la más magnífica de todas las religiones. ¡Qué escritos! ¡Qué sabios! ¡Qué censores de Ferner! Estas cartas se atribuyen á uno de los Iriartes. (Id.)

Penas ya tu funesta incontinencia (1).
Mas allá están dos cielos denegridos,
Que admira en sus teatros Manzanáres,
Cuyas aguas más rápidas caminan
Al són de sus dulcísimos acantos.
Héroes sin nombre, la mortal desdicha
Evitaréis de ser con vuestras obras
Condenados á fama duradera.
Unos cruelmente tratan la armonía,
Y hacen sonar la lira cual sonáran
Asadores diez mil que á un mismo tiempo
Y en un mismo lugar su vuelta dieran.
Otros la rima y la razon ofenden
Igualmente; á Prisciano la cabeza
Rompen, y el cuello cándido al Pegaso.
Estos de nuevo cuño Anacreontes
Y Píndaros alguna vez parecen
Que el vuelo elevan; mas al fin, cansados,
Se sumergen en raudos remolinos.
¡Callad, oh lobos! La argentada luna
Al monte Latmo baja; los aullidos
De Endimion dormido la arrebatan,
Y la noche más triste se ennegrece (2);
Respondedle vosotras, ¡oh lechuzas!
Corred, versos de *Iglesias*; confundiros
No temais con los hijos de *Balbuena* (3),
Uniendo la dulzura y el fastidio,
Picante sed, pero sin fuerza alguna.
¡Oh *Sedano*! ¡Oh *Iriarte*! ¡Qué decreto
Bárbaro del destino entre vosotros
Una guerra introduce no esperada?
En buen hora los necios aborrezcan
Los importunos sabios que los burlan;
Mas sempiterna paz reinar debía
Entre héroes de la estúpida caterva.
Abrazaos, pues, mis hijos; el encono
Dejad y la venganza perniciosas.
La *Epístola de Horacio* no merece
Que os espongaís á pública vergüenza;
¡No ves aquellos dos que se atosigan
A puros cumplimientos allí abajo?
Pues el uno se eleva, y un poema
Épico desembucha en un instante.
Écija ilustre, la materia diste,
Tu príncipe jurando, á que sonára
El pito heroico en los tartesios campos.
Mas ¡quién es el que sale de aquel cuarto
Tan grave y serio, y de erudito polvo
De la cabeza al pié todo cubierto?
Peregrino mortal, que se alimenta
De ergos y distinciones; se propuso
Defender que la ciencia más sublime,
Aun debiera estudiarse burralmente.
¡Oh! pase á las edades venideras
Su estupidez, como él ha transmitido
La del pasado tiempo á nuestros días.
Observa, observa los escoliastas,
De nieblas circundados, que allí yacen,
Pálidos y delgados de leer libros.
Estos sólo ver pueden en lo oscuro,
Como lechuzas; cada testa abarca
Un número de escritos prodigioso:
Siempre leyendo están; así consiguen
Felizmente no ser jamás leídos;
Considera aún á aquel que en nuestros días (4)
El genio de Demóstenes y Tulio
Con oraciones bárbaras ostenta
En la ciudad del Bétis. ¡Con qué noble
Sencillez los absurdos se deslizan
De su fecunda pluma! ¡Qué dulzura
Se aplasta en sus períodos redondos!
Prosigue ¡oh tú! Prosigue tus tareas,

(1) *El Rodrigo*, de Montenegro. Drama unipersonal, género nuevo de poema, en que se han dado muchos y muy graves rebuznos. (Nota del Colector.)

(2) *El Sueño de Endimion*, poema que en nuestros días ha resucitado el estilo de Góngora. (Id.)

(3) Es admirable la habilidad con que *Iglesias* ha sabido convertir tres octavas de *Balbuena* en estanzas para dos odas. (Id.)

(4) Este es el traductor sevillano del *Arte poética de Horacio*. Véase la nota que sobre esto hay á los principios del cuarto canto. (Nota del Autor.)

Y los sabios admiren de un muchacho
La habilidad, que á declamar se pone
En alta voz las cosas que no entiende.
Gran *Arenzana*, *Gálvez*, *Zacarias* (5),
¡Nombres ilustres! El glorioso reino
Ennoblecen, y en los augustos fastos
De la Mentecatez, con piedra blanca
Haced que se señalen nuestros días,
Y para colmo de ventura tanta,
Contempla el espectáculo, hijo mío,
Que se ofrece á tu vista, más glorioso
Y más encantador que cuantos puede
El arte producir ó la natura (6).
Rosely entónces, más regocijado
Que cuando oyó al de Aquino hablar hebreo (7),
Vuelve la vista, y mira un portentoso
Caballo blanco, que á los cielos sube,
¡Grande esfuerzo del arte! por garruchas.
Un anillo del dedo de un espectro,
Un hórrido pastor arranca osado,
Al punto de la Górgona el silbido
Se escucha, mil dragones horrosos
Vomitán llamas, nobles caballeros
Se ven acometer fieros gigantes.
El infierno se eleva, el cielo baja,
Para juntos bailar sobre la tierra.
Mezclados giran á una y otra parte
Dioses, vestiglos, músicos y furias,
Ninfas y faunos, héroes y zagalas;
A un mismo tiempo se presenta un baile
Y una batalla, una ciudad se gana,
Y un feliz casamiento se celebra,
Hasta que al fin ¡oh misero destino
Del humano placer! todo lo acaban
Doce varas de lienzo desplegadas.
Un torrente de estúpida alegría
El pecho del monarca inunda entónces.
«¡Qué poderosa mano ha producido,
Éxclama, tan hermosas maravillas?»
Lozano le responde: «En tí, en tí mismo,
Rosely, están; á tí te considera,
Y en tu alma encontrarás la fiel imagen
De todos esos monstruos. ¡Aun más quieres!
Contempla en el nublado que allí miras
Aquel mágico jóven, cuyo hermoso
Vestido está de puras llamas de oro
Todo sembrado. A una mirada suya
Gobierna el orbe, al rayo le da alas,
Y por mandado suyo suena el trueno.
Las estrellas y soles que allí abajo
Relucen, su esplendor á él solo deben;
Él ó subir ó descender las hace.
Admirad, admirad el jóven bello,
Que colgado aparece noblemente
Sobre nube veloz de papel blanco.
¡Con qué intrépido esfuerzo se presenta
A una espantosa lluvia de alverjones!
Pero ¡aun más hechiceros! ¡Aun nos quedan
Encantadores, que en el aire vago
Disputen el mandar los elementos?
¡Qué serpiente es aquella chamuscada
Que atraviesa los vientos? ¡Qué espantoso,
Qué formidable estruendo de cajones
Desquiciados se escucha? Ya, ya miro
Que ésta es la destruccion de la Goleta.
Aplaudid, pues, *chorizos* y *polacos*;
La noble emulacion de estos partidos
Rivales, cuyo esfuerzo generoso,
Digno de eterno elogio, para siempre
Afirmará el poder de nuestro imperio (8).
¡Y tú estas maravillas no conoces?
Pues tuyas son, el hado las reserva

(5) Poetastros sevillanos, poco anteriores á nuestros días. (Nota del Autor.)

(6) Los siguientes versos relativos á los planes regulares y exactísimos de nuestras comedias de teatro. (Id.)

(7) Este es uno de los muchos testimonios que con bonísima intención le ha levantado Rosely al Santo bendito. (Id.)

(8) Alude á los bandos que formaron los apasionados de los teatros del *Príncipe*, de la *Cruz*, y de los *Caños del Perat*, que tomaron respectivamente los burlescos nombres de *Chorizos*, *Polacos* y *Panduros*. (Nota del Colector.)

Para ilustrar tu plácido reinado,
Yo, yo las anuncié; mas, ay, no pude
Vivir para gozarlas; yo famoso
He sido, ¡oh hijo mío! yo he logrado
El placer dulce de mirar mis obras
Leídas por todo género de gentes.
Una moral profunda en verso puesta,
Aunque á prosa sonaba, y pensamientos
Ligeros como el plomo, revestidos
De bufonadas, símiles y ejemplos,
Me han adquirido el general aplauso.
También yo versos hice, y *Soledades*,
Con perdón tuyo, oh *Góngora*, sea dicho.
Mas no sólo de versos se alimenta
Un estúpido genio, á su osadía
De pábulo servirle todo debe.
Como la paja vil, del Bóreas frío
A do quiera llevada, así el poeta
Hogar no tiene ni morada fija.
Tú, pues, más advertido y más dichoso,
De las Musas los ocios abandonas,
Y á los trabajos útiles te entregas
De libelos en suma; ¡oh hijo mío!
Como piedra que rueda á quien su mismo
Peso la ayuda á caminar más pronto,
Nada podrá impedir tu heroico aliento.
La Estupidez enlaza la cadena
Del destino y la pone entre tus manos.
Mas tú, ilustre Rosely, tú naciste
Para adornar el viejo *Peripato*
Con el charlatanismo de tus días.
Dicta leyes, y nueva catadura
Darás á los teatros de Minerva.
No ya cuando de formas sustanciales
O de futuriciones se ventile
La importante cuestión, con secos ergos
Resonarán las bóvedas sagradas.
Tus alumnos el lápiz algebráico
Sabrán ya manejar, y tus pulmones
Servirán en geométricos vocablos,
Que unidos á la antigua algarabía
De tus sabios abuelos, nueva lengua
Formarán para encanto de las aulas.
Ánimo, pues, y el elevado genio
Aplica á filosóficas empresas;
Y admirada la Europa, en los alumnos
Del escolasticismo brillar mire
El oropel del ilustrado siglo.
Y tú, *Bavio*, depon la adormidera
Que triste ciñe tu angustiada frente.
Doblad, hijos de Febo, la rodilla,
Mirad aquí, mirad el que anunciaron
Los antiguos oráculos divinos.
Este el Augusto es que en nuestros días
Renovará los tiempos de Saturno.
Ya los astros al sitio destinado
Llegan; ya llega el poderoso instante.
Ved nuestro Apolo, el verdadero Apolo,
De laurel coronado. Nuestro Midas
A la escena ya asiste presidiendo.
Recordad, recordad las predicciones
De nuestra antigua edad: cuando aparezca
El ánima de *Zóilo* disfrazada
En figura de grajo, el venturoso
Pueblo donde se muestre, en su recinto
Verá elevado el trono soberano
Del caos profundo y de la eterna noche.
Ya, ya, Bétis sagrado, lo escuchaste,
Y tus ondas más rápidas pasaron.
Hispalis bella, ensalza tu cabeza,
De gloria coronada; las naciones
Venerarán tu nombre prosternadas.
Llegad, llegad, afortunados días,
Y las artes y ciencias para siempre
Las márgenes iberas abandonen.
Ningun autor se esté sin proclamarlo:
Solo dirija ya las sábias plumas
La impudencia y la envidia; de ignorante
Note cualquiera al mismo *Verulamio*.
Basta, basta, exclamó al punto el monarca,
Regocijado, y la vision amable
Por la puerta de hierro desaparece.

CANTO CUARTO.

La Estupidez dicta leyes á su pueblo y establece por medio de ellas su reinado. A un bostezo suyo se sumerge todo el orbe literario en un profundo sueño. El poeta invoca la Musa para que le inspire; pero ésta no puede asistirle por estar dormida en la modorra universal; lo que necesaria y naturalmente debe dar fin al poema.

¡Oh tú, hermoso Cáo, y tú, eterna
Profunda noche, por instantes breves
Permitidnos de luz un débil rayo.
Vuestra densa tiniebla en parte cubra
Y en parte deje ver el gran suceso
Que el osuro destino ya prepara.
Númenes poderosos, cuyo imperio
Canto, miéntras el tiempo me arrebatara
Sobre sus alas en veloz carrera,
Suspended, suspended por un momento
Vuestra fuerza de inercia, y en cantando,
Cargad con el poeta y con sus versos.

La cáncula ardiente á los cerebros
Su pernicioso ardor comunicaba;
Mustias las flores yacen; la luz bella
Del sol pálida alumbraba, y las lechuzas,
Del calor oprimidas, desampararon
Sus moradas, umbrosas aún de día.
Cuando la angusta prole de la noche
Y del caos, felizmente aprovechando
Tan favorable union de circunstancias,
Audaz emprende aniquilar el orden
De natura, y formar un mundo nuevo,
De estúpidos poblado y de pedantes,
Restableciendo así la edad de plomo.

Al alto trono asciende; su cabeza
Oculta en el nublado y lo restante
Del cuerpo en oropeles mil relumbra,
Porque la Necedad se manifiesta
Siempre con impudente confianza;
La cerviz de Rosely en su regazo
Blandamente descansa. Al pié del trono
Aherrojado el saber callando gime,
Tiembra el ingenio en la cadena dura,
Y la rebelde lógica, que osada
Fue á mostrar la verdad, esclava yace.
Yace lánguida y triste la elocuencia,
Y el sofisma feroz su mando impío
Sobre todas las ciencias ejercita.
Las locas matemáticas quisieron
Guardar su libertad, mas si no alcanzan
A contenerlas los vulgares hierros,
El gran Rosely supo destruirlas,
Y de ciencias exactas orden nuevo
Nació al instante de su sábia frente.
Las Musas nacen ciegas, y no pueden
Un paso dar, sin que sus piés dudosos
La adulacion dirija, ó bien la envidia.
La tragedia, oprimida, ya espiraba
Triste y débil, si no hubiera acudido
La comedia su hermana á socorrerla.

Todo el Castalio coro, en triste llanto
La faz bañada, á tí, dulce *Melendez*,
Y á tí, *Moratin* sabio, vuestro auxilio
Implorando en su mal, tímido vuelve.
Suena entonces la trompa de la Fama
Última vez, y al trono de la Diosa
Los pueblos convocó del universo.
Un mismo instinto jóvenes y ancianos
Inspiró, cuantos sienten en su alma
De la Mentecatez el alto imperio.
Ninguno de ellos necesita guía;
La atracción poderosa y de la mente
La fatal pesadez los precipita
Hacia el centro común; todos encuentran
Lugar alrededor del áureo solio,
Bien como activa tropa y susurrante
De abejas, á su reina acompañando,
Enjambre circular en torno forman.
Algunos se retienen y quisieran
No pasar adelante, é impelidos
Por los que van llegando, entran incautos
En la esfera atractiva de la Diosa,

Y de ella arrebatados, su potencia
Adoran y confiesan prosternados.

A éstos se siguen, la cerviz erguida,
Los traidores á Apolo, que doblaron
Ante la Diosa ya la infiel rodilla.
Van despues los profanos atrevidos
Que anuncian los misterios de Helicon
Sin influjo de Febo; los Mecénas
Falsos que con estúpido socorro
Maltratan, protegiéndolas, las artes;
Un rimador de aquí para allí andaba,
Que versos por dinero componia,
De mil ricos patronos rodeado,
Que codiciaban glosas y canciones.
Despues con paso augusto se avvicina
El inmortal Hermógenes; la turba
De zotes abre calle, y su tontera
Admira con estúpido silencio.
No temas, no, oh Hermógenes divino,
Que tu mentecatez ya sea ignorada
De los siglos futuros; cuando el tiempo
Devorador, al cabo de cien días
Sus obras dé al olvido, eternamente,
Para inmortal padron de tus hazañas,
Subsistirá *El Café* (1), y siempre al lado
Del gran Comella se verá tu busto.

Despues con aire alegre se presenta
Un estúpido extraño; al són suave
De una vieja guitarra va entonando,
En estilo de jácara, un romance
De ajusticiado. Al punto se le llegan
Mil y mil necios, y el romance compran,
Lo abren, lo ven, y el título decia:

La Epístola de Horacio á los Pisones (2).
Con alegre sonrisa el rostro baña
La Diosa, y así dice: «¡Oh hijos míos!
Atended los consejos de una madre.
Estos autores que los sabios llaman
Modelos del buen gusto, haced que brillen
Sin luz propia en ahorcadas traducciones (3).
Admirad, admirad el nuevo lustre
Que ha recibido Horacio; los poetas
Brillan más cuanto más los desfiguran.»

Entónces un espectro se aparece
Con unas formidables disciplinas,
De sangre de muchachos rociadas,
Y bañadas en lágrimas paternas;
La horrible sien ceñida de palmetas
Elevaba feroz; horror y espanto
De todos los muchachos se apodera;
Y la turba salaz del gran colegio,
Echando nudos mil á la pretina,
El genio del lugar temblando adora.

«Sólo por la palabra, ronco exclama
El pedagogo, el hombre se distingue
De las bestias; así sólo las voces
Objeto deben ser del hombre docto:
Sólo voces nosotros enseñamos.
Apostados cual fieles centinelas
Ante la grande puerta de las artes,
Nunca permitiremos que se abra
Sino en breve resquicio. Cuando empieza
El sentido común á desplegarse
De un jóven de talento, é importuno
Pregunta, raciocina y forma ideas,
La petulante audacia reprimimos
De su imaginacion, y hasta la muerte
Le hacemos discurrir sobre las voces;
A cuyo efecto siempre procuramos
Que ejerzan sus pulmones diariamente.
Cualquiera, pues, que fuese del alumno
El talento, sabemos vigilantes
Fijar un muelle armónico á su alma.»
La Diosa exclama entónces: «¡Por qué quiere
La juventud viciosa saber tanto?
Enseñad, enseñad, oh pedagogos,

(1) Alude á la célebre comedia de Moratin. (*Nota del Colector.*)
(2) Este es el autor de las oraciones retóricas de que se habló en el canto tercero. Véase la nota. (*Nota del Autor.*)
(3) Este precepto ha seguido constantemente el traductor español de *La Titada*. (*Id.*)

Siempre como hasta aquí; que los alumnos
Sepan los nombres y jamas las cosas;
Conténtese un poeta con la rima;
Si más instruccion busca, lea el *Rengifo* (4).
Un orador de voces rimbombantes
Llene su pieza y cumpla sus funciones;
A un lógico le basta el pegar gritos.»

Dijo, y apenas dijo, cuando mira
Llegar en tropa hasta unos cuatrocientos
Amigos de Aristóteles, que engordan,
Oh Tórmes, tus somníferas riberas;
También los tuyos, oh sagrado Henáres;
Tras ellos de sofistas impudentes
Y criticos se mezcla gran caterva;
A su frente marchaba el gran Ferrari;
Todos hacen humilde reverencia
Ante el excelso trono, mas el héroe
Sólo algun tanto la cabeza mueve,
Y atropellando la apiñada turba,
Al pié del trono llega y así exclama:

«Separad, separad esta canalla
De vuestro solio, oh Madre poderosa.
Quitáos de aquí, profundos ignorantes.
No imagines, oh Reina, que se oculta
Ménos estupidez en el semblante
Grave de un sabio que en la faz risible
De un conocido loco. Cual la lama,
Que nunca se va á fondo, así nadamos
Medio dormidos en la faz primera
De la sabiduría. En vano afana
El divino Newton en aclararnos
El orden de las cosas; yo he tejido
Un denso velo, que le oculte á todos,
A su pesar, las leyes de natura.
El principio más claro he conseguido
Hacer que nadie entienda, digno efecto
De mis explicaciones tenebrosas;
Y cuando mis lectores han llegado
A adquirir las ideas más oscuras
De lo que sin mi industria fácilmente
Hubieran entendido, entónces gasto
Papel y tinta, no sobre el asunto,
Mas sobre mil ideas que se ocurren
A mi fecunda mente, todas propias
Para hacer la materia más confusa;
Como el sabio gusano, que su tela
Próvido labra, hasta que al fin él mismo
Se sepulta en el lóbrego capullo;
Si á alguno concedemos que se llegue
A estudiar esta ciencia, y permitimos
Que corra las escuelas, bien tenemos
Cuidado de que en todo se asemeje
Al saltador que pasa muchos aros
Sin tocar á ninguno. En el momento
Logramos sofocar el mucho ó poco
Talento que tuviere, limitando
Su aplicacion á cálculo sin uso
Y sin utilidad, ó bien le hacemos
En un terreno abstracto dar mil vueltas
De caracol, donde sus piés den siempre
En un mismo lugar, sin andar paso.
Así petrificados los ingenios,
A un exacto nivel los reducimos,
De donde nunca salen. ¡Veis el trozo
De mármol en que yace convertido
Nuestro alumno feliz? Llegad ahora,
Llegad, pues, á pulirlo y á labrarlo,
Y sacad de él un hombre, si es posible;
Pero ¿á qué son inútiles palabras?...
Yo miro un jóven, su ayo y una niña,
Que vienen de viajar por ese mundo.»
Dijo, y al punto se retira airado,
Cual la sombra de Ajax enfurecida.
Aparecióse una brillante tropa,
De bordadas vestida, muy alegre,
Que rompe los enjambres de pedantes.
Pausadamente el principal se acerca,
Y así habló el orador que le acompaña,

(4) Libro bastante conocido y apreciado, mucho más despues que su docto adicionador le ha dado aquel aire de barbarie, que no estaba bien descubierto en la obra. (*Nota del Autor.*)

Ante el excelso trono de la Diosa:
 «Recibe, grande reina, el más perfecto
 De tus alumnos, á tu sacro númer
 Desde su tierna infancia consagrado.
 Su padre vió gozoso las virtudes
 Morir en él con sucesion dichosa;
 Su madre vió cumplidos sus deseos
 Y sus ardientes votos cuando el jóven
 Creció sin seña alguna de costumbres.
 Esta madurad que tú le diste,
 Tan temprana y tan poco duradera,
 Hizo que jamás fuese niño ni hombre.
 Tu mano le cubrió con un nublado,
 A cuya sombra sin estorbo alguno
 Atravesó la escuela y el colegio.
 Lleno de su esplendor, su loco fausto
 Oprimió la ciudad; tierras y mares
 Corrió despues, y vió toda la Europa,
 Y la Europa lo vió; por todo el mundo
 Las gracias que nos distes, esparcimos;
 Tú con benigna mano nos guiaste.
 Llegamos á la orilla deleitosa
 Del hondo Sena, que bañando pasa
 Cuatro teatros; sobre el ancho Tíber
 A los italianos encontramos,
 Llenos de orgullo por sus bellas artes.
 Los valles hermosísimos corrimos,
 Que inspiran la molice, donde alegres
 Cantan, danzan y tocan los esclavos.
 Vimos, en fin, el santuario bello
 En que la amable Vénus se complace,
 Donde el Adria soberbio, en vez de armados,
 Barcos lleva de máscaras cargados,
 De músicos, de amantes y de eunucos.
 Él, en fin, visitó toda la Europa
 Bajo mi proteccion, y en su viaje
 Los vicios adquirió de cada reino.
 Los cafés y las fondas digno objeto
 Fueron de su atencion, y á los licores
 Y á las viandas su instruccion redujo.
 Así sabe beber con mucho acierto
 Y comer sin escrúpulo. Olvidando
 Su lengua nacional, no se molesta
 En saber otra alguna que la supla.
 Un duelo le obligó á tomar la huida
 De una córte extranjera, y á su patria
 Con una cantarina da la vuelta.
 ¡Ah! ¡Cuán feliz he sido, que á sus lares
 Restituyo mi héroe, y enriquezco
 Mi dichosa nacion con una Vénus!
 Amable Estupidez, tú la proteges,
 Y de aquí en adelante que los hijos
 De la disolucion tu trono afirman,
 Y te den una larga descendencia.»
 Dijo; la Diosa acepta los amantes,
 Con su velo los cubre, y la vergüenza
 De su semblante y de su seno arroja;
 Entónces una tropa al trono llega,
 Cual numeroso bando de langostas,
 Y cada cual ofrece algun presente
 Maravilloso, como son, un nido,
 Una flor, un gusano ó una concha.
 Los que á toda la turba precedian,
 Con horrisonos gritos el auxilio
 Imploran de la excelsa soberana.
 «Diosa, madre comun, exclama el uno,
 Oye mi humilde ruego; esta flor bella,
 Cultivada por mí, fué digno objeto
 De mis cuidados; la serena lluvia,
 El claro sol y el favorable viento
 Recibió por mi mano; yo le puse
 De cortado papel la redondela
 Do sus fragantes hojas descansáran;
 Y la varita con boton dorado,
 Donde manifestaba su belleza.
 ¡Cuán lozana y hermosa! Sus colores
 En ella derramó el Abril florido,
 Y en variedad vistosa parecia
 Ella sola un pensil. ¡Ay! ved ahora
 La mudanza fatal; la indigna mano
 De ese amator de insectos contentibles
 Deslustró su esplendor; la primavera

Su más hermosa hija muerta llora.
 Castigadle, ó mi alma en este punto
 Al campo Elísio baje, ó la natura
 Su bello colorido jamás pierda.»
 Dijo, y el llanto sus mejillas baña;
 El acusado así se justifica:
 «De toda la caterva brilladora
 Que, extendidas las alas argentadas,
 Baten al dulce céfiro volando,
 Al entrar la apacible primavera,
 La mariposa más luciente y bella,
 Viéndolo yo, sobre un rosál se posa.
 Procuréla coger; ella se escapa,
 Y va de flor en flor mi vista huyendo.
 De temor agitado y de esperanza,
 La persigo dndoso; se detiene,
 Me detengo tambien; á volar vuelve,
 Yo me lanzo detras; al fin se fija
 Sobre una planta, do logré cogerla.
 Yo ni de flores ni color entiendo,
 ¡Oh Diosal sólo atiendo á lo que abraza
 Mi ramo: esto es el caso sucedido.
 Para mi excusa, el que se ofrezca basta
 Sobre aqueste papel mi amada presa,
 Hermosa aún en su muerte; ante tus ojos
 Ved esta incomparable mariposa.»
 «Ambos la obligacion habeis cumplido
 De vuestro encargo, la Deidad responde;
 Vivid contentos, conservad fielmente
 El gusto á que nacisteis destinados.
 Para cada cerebro hay un objeto
 Particular, que excita su potencia;
 Para unos una almeja es un prodigio,
 Para otros la picada de una abispa.
 Cuál busca con anhelo de un gusano
 El capullo aún informe, y cuál se aplice
 En deshacer los nidos de lechuzas.
 Mortales, atended; llegará el dia
 En que sepais que la razon es dada
 Sólo para aplicarse al serio estudio
 De las moscas, mirar todas las obras
 De natura, y fijarse solamente
 En bagatelas vanas, que la impidan
 Al Sér divino remontar el vuelo.»
 Dijo la Diosa, y súbito aparece
 Un horroroso mágico; en su mano
 La fatal copa trae, de que ninguno
 Puede beber sin olvidarlo todo,
 Sus amigos, su patria y á sí mismo.
 La copa así de Circe en brutos varios
 Los compañeros del sagaz Ulises
 Convirtió; cuál, ladrando los sabnesos,
 Sigue á la caza, cuál veloce corre
 Con el fuerte caballo, y cuál rebuzna;
 Mas éstos, por un raro privilegio,
 En asnos convertidos, aún conservan
 La voz, figura y el semblante humano.
 En esta copa dió á beber la Diosa
 Una impudencia audaz que bronca viste
 La faz de bronce, y embrutece á todos.
 Unos arrebatados se enardecen
 Cual corriente de plomo derretido,
 Y otros duermen tranquilos cual beócios.
 Los primeros se lanzan al sagrado
 De las artes y ciencias, y á ruina
 Miserá y triste reducido dejan
 Tu augusto templo. Los demas se aplacen,
 Sentados gravemente en dar tormento
 A Horacio, tristes odas rebuznando.
 A otro lado sirenas engañosas,
 Con vanos sonos las cabezas vanas,
 Sólo de viento llenas, encantaban
 De jóvenes incautos, que adormidos
 Al acento doloso, ya no oian
 La trompa de la Fama, que á la gloria
 Y al combate sus ánimos incita.
 Ilustres nombres que en el almo templo
 De la inmortalidad estais grabados,
 ¡Para qué tanto afan? Ya vuestros nietos
 A cantar y bailar han aprendido.
 La Diosa, en fin, á la pedante turba
 Concede ámplio poder para que enseñen

Las bellas letras; quien por un esfuerzo
 De industria y de trabajo haya alcanzado
 A empalar un gusano, ó bien conozca
 La rubia y el almendro, en cualquier parte
 Podrá enseñar las naturales ciencias
 Del modo ya dispuesto, y las abstractas
 Se darán por Goudin en todo el orbe.
 Despues sobre ellos, del sagrado opio
 Derramó una botella, y así dijo:
 «Id, ¡oh queridos hijos! ¡oh mi prole
 Amada, mi cuidado y mis delicias!
 Id, pues, por todo el orbe, y mis principios
 Esparcid desde el uno y otro polo.
 Mis órdenes son claras, mis preceptos
 Fáciles de cumplir; sed orgulosos,
 Estúpidos y vanos, y esto en todo.
 Afirmad mi poder, y todo ingenio
 Temblando adore mi terrible númer.
 Inflamad, inflamad los nobles pechos
 De un estúpido ardor, que nunca sepa
 Adónde fijamente dirigirse.
 Contemplad los modelos que la augusta
 Ancianidad presenta á vuestros ojos.
 ¡Quién de vosotros, oh sonoros cisnes
 Del sucio Tagarete, resistirse
 Podrá al impulso noble que os inspira
 La lectura del gran Gerardo Lobo?
 Vosotros que hácia estudios más severos
 El ánimo inclináis y el genio grave,
 Leed á *Soto-Marne* noche y dia;
 Vuestra dura cabeza de impudencia
 Hallará allí una fuente inagotable
 Y de mentecatez presuntuosa.
 Mas ¡oh! ¡qué cosa habrá que exceder pueda
 De cuanto el tiempo antiguo ha producido,
 Ni la moderna edad, á la obra eterna
 Que justamente admiran nuestros dias!
 ¡Oh gran Rosely! ¡oh tú, de mi dominio
 La más firme columna! A tí se debe
 La produccion gloriosa de la *Suma*.»
 Aun iba á decir la excelsa Diosa;
 Mas el nombre fatal que ha pronunciado,
 Por una oculta fuerza que el destino
 Le concedió, la obliga á que bostece,
 Y al punto se adormece la natura.
 ¡Qué mortal al bostezo poderoso
 Se podrá resistir? Cual selva umbrosa
 De antigua encina y de frondoso roble
 Densamente poblada, voraz fuego
 Prendido á un alto pino raudo enciende,
 En globos de humo y llamas la atraviesa;
 Así el fatal fenómeno circula
 Por todas las cabezas, y en un hora
 Adormió todo el orbe literario.

¡Oh Musa! tú me inspira, pues tú sola
 Puedes, porque los sabios tienen poca
 Memoria, y los estúpidos ninguna.
 ¡Quién el primero fué, cuyas pestañas
 Cerró el sueño fatal? ¡Quién por más tiempo
 Se defendió de su poder temido?
 Di cómo atravesando el ancho mundo,
 Sobre el funesto carro de beleño
 La adusta sien ceñida, en su letargo
 Aprisionó los miseros mortales.
 Canta, oh Musa, y los pueblos de la tierra
 Escucharán tu canto silenciosos.

En vano, en vano su asistencia invoca;
 La hora terrible que en profundo sueño
 Sumergerá los orbes ya se acerca;
 La Musa cede al soñoliento impulso.
 ¡Llegó, llegó el momento formidable!
 El negro trono mira de la noche
 Y del caos tenebroso; á su presencia,
 A su horrible presencia, los colores
 Brillantes del ingenio se disipan.
 En vano algunas débiles centellas
 De luz se dejan ver; el meteoro
 Se precipita al fondo de las nieblas.
 Cual la voz horrorosa de Medea
 Ennegreció los astros uno á uno,
 Y el hijo astuto de la blanca Maya (1)
 Los ojos de Argos sucesivamente
 Adormió con la vara soñolienta;
 Así del caos la niebla pavorosa
 Se esparce por las artes, y á su vista
 Toda la luz eclipsa de las ciencias.
 Ya la verdad se precipita huyendo
 Á su morada antigua, do en profundo
 Silencio eterno dolorida gime
 La alma filosofía, que otras veces
 Al sumo bien alzara el raudo vuelo.
 Algunas ya de las segundas causas
 Divisa sólo entre las pardas sombras.
 Por tu auxilio recíproco dolientes
 Las ciencias tristes claman y las artes;
 No de virtud, no de amistad humana,
 No ya brilla de amor centella alguna.
 Ya, pues, restablecido el formidable
 Imperio tuyo miras: á tu mando,
 Oh caos, cede la luz, y amortecida
 Huye de las tinieblas vencedoras.
 Extiende, oh grande autor de la anarquía,
 Extiende el denso velo; el orbe todo
 Entre las sombras de la noche envuelve.

(1) *Maya*, madre de Mercurio, el cual logró dormir á Argos, al son del caramillo. (Nota del Colector.)